

Trabajar con un premio nobel

No parece fácil comenzar a colaborar de cerca con un autor de la talla de Vargas Llosa. Con amenas anécdotas, su editora y su asistente recuerdan cómo fue pasar de leer sus obras en la escuela a trabajar codo a codo con él; comparten las rutinas y los detalles cotidianos que estructuraban una vida ofrendada por completo a los libros.

Mi trabajo con Mario por **Fiorella Battistini**

En los años ochenta, en la Lima de los apagones, la hiperinflación y los atentados de Sendero Luminoso, la figura de Mario Vargas Llosa era profundamente admirada en mi familia por su defensa de la libertad y la propiedad privada, además de por su obra literaria. De pequeña lo había visto en persona, a lo lejos, durante un viaje familiar a Paracas. Recuerdo la emoción de mi padre al reconocerlo en el comedor del hotel: estaba sentado en la cabecera de una mesa y se encontraba rodeado de un animado grupo de amigos y de su familia. Más adelante, todavía de más lejos, mi padre me alzaría sobre sus hombros para alcanzar a verlo en el estrado desde el que defendió la democracia en la manifestación contra la estatización de la banca que lo convirtió en candidato a la presidencia del Perú.

Unos quince años después de aquella época convulsa, conocí en Madrid a Morgana, la hija menor de Mario y Patricia. Nos hicimos amigas de inmediato y, gracias a ella, empecé a frecuentarlos. Por aquel entonces, ellos necesitaban a alguien que los ayudara a organizar su biblioteca y yo buscaba la estabilidad que no había logrado en mi incipiente carrera como fotógrafa. La suerte jugó a mi favor y de pronto estaba yo ahí, metida en su casa y en su familia, conviviendo con los Vargas Llosa y siendo testigo de la famosa disciplina del escritor. A partir de entonces comencé a

viajar con ellos a las ciudades que habían marcado sus vidas –Londres, París, Madrid, Lima– y a ver el mundo desde un lugar privilegiado.

En todas estas ciudades, Mario cumplía una rutina diaria de trabajo a la que no renunciaba jamás. Al levantarse, hacía ejercicios de suelo, luego salía a caminar durante una hora. De regreso, tomaba desayuno, exactamente el mismo todos los días (zumo de naranja, café soluble y una tostada con queso y miel), y leía tres periódicos con Mahler de fondo a todo volumen. Después de darse una ducha, se sentaba en su escritorio a trabajar cuatro o cinco horas sin parar. Así, los siete días de la semana.

Cuando empezaba una novela, escribía a mano, con pluma y una letra que aprendí a descifrar, en unas libretitas enanas. Solía hacerlo sentado en su escritorio, en cafés o bibliotecas. Una vez que encontraba el arranque y la historia cobraba vida propia, continuaba en el ordenador, aunque seguía tomando algunas notas a mano. Mario tenía una relación complicada con la tecnología. Lo habitual era que tocara un par de teclas y todo su trabajo desapareciera de la pantalla. Se oía entonces un alarido, mi nombre retumbaba por las paredes de la casa. Después de unos momentos de tensión y angustia, las letras volvían al fondo blanco del Word dándole a “deshacer”, y yo me convertía en una genia de la informática. Estoy segura de que fue gracias a esa cualidad extraordinaria que logré conservar mi trabajo durante dieciséis años.



Fotografía: Fiorella Battistini

Además de acudir a sus gritos de auxilio cuando un documento “desaparecía para siempre” o la impresora se atascaba, mi trabajo consistía en crear un solo registro donde encontrar todos sus libros. Su biblioteca, con más de veinte mil ejemplares, estaba repartida y sin catalogar por varios países, aunque seguía un orden claro y muy personal. Estaban las secciones de Ficción, Poesía y Ensayo (en esta última cabía de todo), y luego estaba la de Favoritos, donde colocaba a los autores que habían marcado su estilo y su forma de entender el oficio: los infaltables Victor Hugo, Faulkner, Flaubert, Joyce, Borges; y en un lugar especial dentro de esa sección también estaban sus poetas más queridos: Rimbaud, César Moro, Vallejo, Carlos Germán Belli, Blanca Varela.

A lo largo de varios años, y con la ayuda de otras personas (en un momento llegamos a ser cuatro asistentes, porque con Mario todo era desbordante), logramos catalogar esa enorme biblioteca que, en 2012, fue donada —en un acto de generosidad inmensa y quizás poco valorado— a la ciudad de Arequipa. Ese trabajo podría haberse hecho más rápido si no fuera por la tentación de leer cada anotación suya al final de los libros: comentarios que aparecían en sus artículos y ensayos, y otros más personales y críticos, que ojalá sus autores nunca descubran. Además de anotar y comentar todos sus libros, Mario les ponía una calificación, como en el colegio. Muy pocos alcanzaban la máxima nota. Recuerdo el 20 sobre 20 que le dio a *Los demonios* de Dostoievski o el de *Cien años de soledad* en la primera edición de 1967. Más tarde, en la edición conmemorativa de 2007 que preparó la RAE, escribiría: “Releída cuarenta y pico de años después, esta novela sigue siendo una obra maestra absoluta.”

Su biblioteca nunca dejó de crecer. En sus últimos años siguió comprando libros, sobre todo de poesía. Y cada semana recibía al menos unos diez o quince, algunos de autores primerizos, otros de amigos escritores, y muchos que le enviaban las editoriales con la esperanza de recibir un comentario o, con suerte, una recomendación en su “Piedra de Toque” quincenal. Por las tardes, cuando me iba, él aprovechaba para revisarlos con calma al lado de la ventana, a un par de metros de mi escritorio. No sé si fue por descuido mío o por su insaciable curiosidad, pero un día encontró un libro en mi mesa. Me lo había mandado de regalo una amiga que colaboraba con la editorial de la Universidad Diego Portales de Chile. Un ejemplar más, habrá pensado. El caso es que empezó a hojearlo. *Plano americano*, de Leila Guerriero, incluía un perfil de Pedro Henríquez Ureña, el intelectual dominicano que Mario admiraba tanto. El texto lo atrapó de inmediato. Quedó fascinado por la técnica narrativa de Leila y por el respeto con el que se acercaba a los personajes que describía. No la conocía, tampoco le hizo falta, para escribir luego un artículo generoso y entusiasta sobre ese libro que, técnicamente, me robó.

Frente a la montaña de libros que se formaba cuando pasaba mucho tiempo fuera de casa, Mario revisaba uno por uno, se detenía en las portadas, leía las contratapas, los hojeaba y los devolvía a la mesa. A veces, alguno llamaba su atención y se lo llevaba. Recuerdo, por ejemplo, que la editorial Siruela envió un ejemplar de *El infinito en un junco*, cuando el libro recién había salido de la imprenta y no se había traducido. “Me imagino que te ha llevado muchos años escribir esta obra maestra”, le escribió a Irene Vallejo sin conocerla, inmediatamente después de terminar su libro. “Tengo la seguridad absoluta de que se seguirá leyendo cuando sus lectores de ahora estén ya en la otra vida”, añadió.

Existe la creencia de que los escritores que han alcanzado cierto nivel de reconocimiento cuentan con asistentes que hacen el trabajo por ellos, o que se encargan de hacer las tareas más arduas: la investigación, la lectura, el resumen de documentos, las reseñas de libros, para darles el material ya digerido. Quizás sea cierto, sobre todo en el mundo anglosajón, pero este nunca fue el caso de Mario. ¿Por qué iba a privarse de esa aventura, de la posibilidad de conocer otras historias y descubrir otras vidas?

Entre tantos recuerdos y aprendizajes, me quedo con su amor por la vida, inquebrantable hasta el final. No pude estar cerca de él en esas últimas horas. Buscando mis orígenes en Boloña, el inicio de mi historia familiar, me llegó la noticia de su partida. Al día siguiente fui a conocer la casa en la que nació y vivió mi papá antes de emigrar al Perú. Volví a sentirme sobre sus hombros, viendo a Mario en la distancia.

Hasta siempre, queridísimo Mario. ~

IORELLA BATTISTINI fue asistente de Mario Vargas Llosa.

Treinta años de Vargas Llosa

por Pilar Reyes

Lo conocí en Bogotá, a finales de abril de 1997, cuando publicamos *Los cuernos de don Rigoberto*, el libro con el que comenzó su relación con el sello Alfaguara. Yo tenía veinticinco años y el enorme desafío de lanzar esa novela en Colombia. Era una sensación

extraña: hasta hacía muy poco, estudiaba su obra en la universidad, la de un clásico contemporáneo de la literatura en nuestro idioma, y de pronto me veía implicada en el destino comercial de uno de sus libros, en el viaje que haría de la imprenta a los lectores colombianos.